



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El itinerario histórico del idioma español

Autor: Campa, Riccardo

Forma sugerida de citar: Campa, R. (1995). El itinerario histórico del idioma español. *Cuadernos Americanos*, 4(52), 147-176.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX, núm. 52, (julio-agosto de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL ITINERARIO HISTÓRICO DEL IDIOMA ESPAÑOL

Por *Riccardo* *CAMPA*
DIRECTOR DEL INSTITUTO
ÍTALO-LATINO AMERICANO, ROMA

EL PELIGRO DE LA UNIFORMIDAD LINGÜÍSTICA no puede reducirse solamente a una tendencia general y difusa de hacer más eficaz e inmediatamente perceptible la dinámica de la sociedad contemporánea. Aunque la codificación expresiva se concentra en las lenguas de difusión, es inaplazable la tarea de favorecer el recorrido histórico de las lenguas que testimonian la tenacidad y la perseverancia con las cuales contribuyen a hacer conjeturables y por tanto complementarias las diversas contribuciones de las comunidades sociales y culturales.

Si partimos de la premisa de que la lengua sirve no sólo para comunicar sino también y sobre todo para pensar, de su estructura y de su itinerario histórico se evidencian postulaciones cognoscitivas que influyen —al menos hasta ahora— sobre los criterios cognoscitivos adoptados por la cultura occidental. La diversidad de tales criterios no consiste solamente en el pluralismo disquisicional, también incide sobre la gramática y sobre la sintaxis expresiva, pero sobre todo en aquella “visión de conjunto” de la realidad en la cual se resumen los actos destinados a tener relevancia para el género humano en su globalidad.

La cultura occidental se perfila como un proceso unitario gracias al hecho de que del mundo griego al mundo latino se perpetúan, modificándose, los estilemas, los principios cognoscitivos de la realidad. La misma continuidad se puede destacar entre el latín y las lenguas neolatinas hasta la Reforma, o sea, hasta cuando la unidad cognoscitiva se escinde en dos hemisferios, el uno interior y el otro exterior, difícilmente conciliables bajo el perfil expresivo. La libertad de someter al interlocutor a las propias convicciones prescinde del íntimo convencimiento que asume formas y gradaciones explicativas a menudo reticentes y de todas formas no vinculadas a las

normas de la experiencia efectual. La Reforma y sucesivamente la revolución industrial reivindican al hemisferio de la intimidad individual un derecho que las normas institucionales no pueden violar. Nace así el mundo moderno: propenso a condicionar el convencimiento a la experimentación; éste tiende progresivamente a servirse de una lengua más adecuada a la inmediatez, al contrato y por tanto a la falsificación.

El continuo y aparentemente irrefrenable ascenso de las lenguas vehiculares —*in primis*, el inglés— responde a una exigencia informática, comercial. Aunque ennoblecidas por las literaturas que exaltan la fabulación, las atmósferas impalpables del mito y de la narración fantástica, la escabrosidad de su base conceptual revela una congénita tendencia a considerar las problemáticas de la existencia como un reflejo condicionado por la necesidad. Las reivindicaciones libertarias dependen de hecho de una serie de factores concretos que pueden ser disciplinados desde una previsión breve y aseverativa como es ciertamente la doctrina que pacta la sociabilidad.

La misma división entre sociedad civil y sociedad política, inaugurada por Thomas Hobbes y sucesivamente hecha propia por los padres del “pacto” y del “contrato” sociales, supone la presencia de dos lenguajes: uno explícito y convencional y otro implícito y sin convenciones, que encuentran su escenario representativo en el arte, en la ciencia y en el comportamiento. De hecho, la literatura inglesa está llena de personajes paradigmáticos, como Oscar Wilde o Virginia Woolf, que representan, en sus actitudes más que en sus obras, aquella intolerancia moral que las literaturas neolatinas —como la francesa, la española, la portuguesa y la italiana— tienden a manifestar en las memorias, en las mortificaciones intimistas, cabalísticas, inquisitoriales. La influencia de Fiodor Dostoievski en las literaturas neolatinas revela cómo el fundamento religioso mezclado en las procedencias sociales intenta renovar los obstáculos procesuales o los enfatiza, además de conseguir un juicio válido *erga omnes*, cargado de universalidad.

La tecnología contemporánea, tendiente a armonizar el arcaísmo con lo futurible de la realidad, no compagina fases disquisitivas, sino solamente fases de recopilación de cuanto ya sucede en la realidad. El sistema de reconocimiento simultáneo de los acontecimientos que tienen lugar sobre el planeta es sintomático respecto de las lenguas vehiculares, que se adaptan a las exigencias de la vida cotidiana atacando cualquier tendencia que se proponga profundizar preventivamente en estos éxitos. Éstas reflejan la realidad

y la presentan con una inmediatez tal que evidencia los hechos *a posteriori* más y mejor que cuanto podrían asegurar las lenguas neolatinas, a las cuales les es asignado, en su más o menos progresiva decadencia, la tarea de asegurar una conciencia privada de efectos salvíficos. En cuanto lenguas dotadas de un sentido crítico respecto de las experiencias, aquéllas terminan por colocarse temporalmente en posición de retaguardia, o directamente en oposición al progreso, porque son incapaces de controlar, ni siquiera dentro de los límites de la interlocución, los acontecimientos en los cuales se compendia, como dice Vico, la historia particular de los distintos pueblos y la historia general y uniforme del mundo.

Las lenguas neolatinas, a su vez, testimonian un recorrido diverso de los acontecimientos políticos y sociales cuya expresión son, y por tanto la postulación de su complementariedad puede disimular una operación defensiva, un tipo de estrategia de la ilusión y de la temeridad, cuya enfatización constituyen las diversas literaturas. El recurso a la unificación de la diversidad sintetiza con aproximación repentina la reacción a un estadio de asedio que no consiente aquella civil competición continuamente evocada por las lenguas vehiculares. La prohibición de parte de éstas con respecto a las lenguas neolatinas se debe a un dato de hecho más que al deliberado propósito de transformarlas en inoperantes o hiperactivas. La responsabilidad, en definitiva, recae sobre la propia cultura occidental en su manera de afrontar la problemática de la modernidad: el personalismo renacentista, la conjeturabilidad disquisitiva iluminista, la evasión romántica, el reivindicacionismo nacionalista, el plurietnismo y el interclasismo constituyen las fases que explican un proceso que hace posible la virtual participación activa y pasiva de un creciente número de personas en las definiciones decisionales. E incluso este escenario abierto y centrifugado se convierte en económica y políticamente plausible si para sostenerlo intervienen casi naturalmente las lenguas vehiculares.

El escenario internacional no asegura un grado de estabilidad y de control tal que haga pacíficamente aprovechables los condicionamientos en clave expresiva que vienen propuestos o incluso impuestos por los órganos de decisión, que tienden a identificarse con los centros propulsores de la modernización tecnológica. El espíritu emprendedor contemporáneo confía en los estados de ánimo y en las atmósferas incandescentes que condicionan el juicio: los encuentros a todos los niveles (en los viajes, en los lugares de encuentro, en los estadios) mortifican al intelecto agente sugiriéndole las respuestas inmediatas a las solicitudes externas (promovidas

además por el mercado), suprimiendo en lo posible el juicio crítico, la defensa intuitiva, individual, antes que desemboque en la burla, en la risa o en la transgresión.

Las lenguas neolatinas se convierten de pronto en titulares de la transgresión de aquella intemperancia interiorizada en la cual se explica el disenso, la incompatibilidad de las convicciones respecto de las oportunidades ofrecidas por la sociedad. Y casi inevitablemente éstas ofrecen una experiencia catacumbal y constituyen una especie de trama ideal destinada a contraponerse a la uniformidad imperante. A medida que los gobiernos suprimen las lenguas clásicas de los programas escolares, las lenguas neolatinas retroceden hasta ocupar un área, si no marginal, ciertamente tangencial respecto del circuito cognitivo introducido y dominado por las lenguas vehiculares. La marginalidad, sin embargo, no corresponde al descrédito. También en la periferia del imperio romano se verifican conflictos lingüísticos que tienden a negar al latín el carácter unívoco de la interpretación de los hechos del mundo. El cristianismo introduce sustanciales y revolucionarias modificaciones lexicales (con el empleo de la parábola y de la metáfora), que inciden sobre la cognición y explicación de la experiencia. Y justamente son estas modificaciones las que inducen a Toynbee a considerar las periferias de los imperios (políticos y lingüísticos) encargadas de desempeñar un papel innovador, útil además para asegurar nuevos estadios de desarrollo de la conciencia individual y comunitaria.

En un ámbito conceptualmente salvaguardado por la correspondencia y por el acuerdo entre los participantes en la locución es más sencilla la reflexión, aquel ejercicio de la mente en el cual se manifiestan las capacidades creativas de la persona humana. El estudio de ésta, consciente bajo el perfil sintáctico gramatical de las proposiciones cognoscitivas, hace más comprensible la *ratio* que invade también las normas elaboradas para permitir a la comunidad social reaccionar respetando los intereses subjetivos y comunitarios. La legalidad de los intentos y de los propósitos se delinea más eficazmente cuando el contexto social es apoyado por la tradición y por el sentido común que induce racionalmente a los individuos a conformar su comportamiento a una finalidad proyectada como necesaria o incluso como ineludible. La lengua desempeña por tanto una obra de persuasión debido a su propia naturaleza de concordia:

Por ineluctable determinismo histórico —escribe Roberto Burgos Ojeda—, todos los pueblos de la América del Sur adoptaron como propias las formas

de vida hispánicas, entre otros aspectos de su actividad cultural. Ha sido tan avasallante la realidad histórica de esta influencia que muchos historiadores y cronistas han considerado que las luchas entre americanos y españoles por la independencia nacional no fueron otra cosa que una guerra civil entre los españoles de España y los españoles nacidos en América.¹

Los latinoamericanos, inspirados en las teorías políticas dominantes en la época iluminista (hechas propias por la Revolución Norteamericana y por la Revolución Francesa), se concretan también en una especie de autonomía expresiva que facilita la creación artística y literaria de las nuevas realidades políticas e institucionales del Nuevo Mundo.

El empleo de una lengua hegemónica, depositaria de la tradición ibérica como parte integrante de la cultura occidental, no dispensa a los exégetas latinoamericanos de aportar las innovaciones consideradas necesarias para representar una realidad que toma forma y consistencia civil en las páginas de la narrativa, de la poesía y, por extensión expresiva, de todas las manifestaciones artísticas de una región destinada a la interacción con las otras culturas del mundo.

La fidelidad a la tradición idiomática se expresó claramente en la obra de autores coloniales que, como sor Juana Inés de la Cruz, Juan Ruiz de Alarcón, sor Josefa de la Concepción del Castillo y Guevara, Hernando Domínguez Camargo y otros muchos escritores, enriquecieron con sus obras el caudal lingüístico hispánico. Recientemente, y ya dentro de la República, los humanistas de América Latina (Alfonso Reyes, Baldomero Sanín Cano, Luis Alberto Sánchez) han sido depositarios de esa misma tradición histórica de clara ascendencia hispánica. Determinada la historia literaria por todos los factores señalados, nació entre los escritores de este continente la preocupación por independizarse de las raíces históricas, romper el cordón umbilical hispánico y ofrecer a la cultura universal sus propios aportes literarios y lingüísticos. Los Henríquez Ureña alcanzan a señalar este abierto movimiento de aclimatación de la cultura occidental al medio americano, dentro de un sano propósito de autenticidad, de incorporación de nuevos valores a la corriente literaria hispánica.²

La autenticidad es de hecho una categoría expresiva que prescinde de los condicionamientos de la misma lengua que se emplea

¹ Roberto Burgos Ojeda, "La hispanidad a través del concepto literario", en Carlos H. Magis, ed., *Actas del Tercer Congreso Internacional de Hispanistas*, México, El Colegio de México, 1970, p. 147.

² *Ibid.*, pp. 147-148.

para la experiencia cotidiana: ésta constituye el sustrato natural y la representación algebraica del modo de ser de la comunidad social en el momento en el cual decide separar su proceso histórico de aquél al cual pertenece la lengua portadora de las analogías y provee al mismo tiempo contrastes. La lengua empleada por pueblos que se emancipan de su condición de súbditos contiene en sí aquellos elementos de la transgresión que se identifican con las enzimas de la innovación. Como sucede al latín respecto de las lenguas neolatinas, dentro de estas últimas el proceso constitutivo de su tradición expresiva discierne el condicionamiento del pasado de los probables condicionamientos del futuro, y mientras tanto opera legalmente, y así desempeña las tareas propias de las lenguas nacionales.

La iniciación retórica de algunos escritores latinoamericanos se perfila como un instrumento de refutación de las categorías expresivas de la lengua española, codificada no tanto por obra de las virtudes taumatúrgicas de los académicos, como por la aportación de un largo periodo inventivo, que abarca desde el Siglo de Oro a nuestros días. Las modalidades de deformación de una lengua están a menudo implícitas en la lengua misma y se justifican providencialmente para transformarla en más receptiva ante los aportes externos.

Desde la aparición de *Los de abajo*, de Mariano Azuela, la novela latinoamericana ha hecho meritorios esfuerzos para independizarse de los compromisos históricos y ofrecer al concierto de los actuales movimientos literarios su propio y auténtico aporte. Junto con el de Azuela se ofrecía el caso colombiano de José Eustasio Rivera, perturbado todavía por un retoricismo del siglo XIX con su novela *La vorágine*, de valiente inspiración americana. El maestro venezolano Rómulo Gallegos, con su novela *Doña Bárbara*, registró este contradictorio problema entre el hombre y su paisaje y los débiles intentos de dar a los dialectos regionales el sitio literario que estaban reclamando. Dentro de este mismo momento aparecía un *Don Segundo Sombra*, respuesta del sur de América Latina a la inquietud de darle autenticidad al proceso literario. Este movimiento parecía frustrado, tenía el aspecto de un simple episodio cultural, cuando emergieron escritores como Juan Carlos Onetti, Carlos Fuentes, Alejo Carpentier, Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa, que ofrecen una serie de profundas transformaciones en el campo de la narrativa contemporánea. Las obras de estos escritores se han consagrado por el dominio de una técnica nueva, por la incorporación de nuevos valores en el campo de la estilística, por el asombroso manejo de las dificultades idiomáticas y, en fin, por aceptar el compromiso que como escritores americanos tienen con los problemas universales.³

³ *Ibid.*, p. 148.

La inmersión en el mundo contemporáneo es consecuencia del dominio de la lengua española, con la cual la moderna narrativa latinoamericana se confronta. El desafío, que se instaura entre aquellos que ambicionan describir su realidad con los instrumentos lingüísticos de aquellos que los consideran definitivamente acreditados a la tradición española, es tal que llega a desconcertar las disposiciones conceptuales de la cultura occidental. En *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, la lengua permite verificar las apostasías de una época de contradicciones: por una parte, ésta consiente diagnosticar los factores que determinan la congénita obstinación de los protagonistas en la trama de su existencia heroica y renunciativa al mismo tiempo, y por la otra, aquélla hace explícitos los mecanismos de defensa que los mismos protagonistas activan para rechazar las insinuantes fabulaciones de los falsos profetas. El atractivo que suscita el imán no puede ser ulteriormente metabolizado sin la intervención racionalizante de un testigo de los acontecimientos del pasado. Consigue decodificar el fenómeno del imán según el correctivo de una experimentación que encuentra el crédito de la locura imitativa y de la indagación paleocientífica. La lengua española de García Márquez asume connotaciones precisas respecto del grado de estudio de los métodos de experimentación. Ésta se propone como una elaboración barroca, para acceder a un grado de exteriorización conceptual rigurosa, hecha de equivalencias y relaciones cuantitativas (espaciales y temporales).

Nuestra lengua se ha adaptado fácilmente a las corrientes innovadoras y podemos decir que está a la cabeza de los idiomas modernos, gracias a la unificación de los pueblos de América Latina con España en materia cultural. El hispanismo es una realidad geográfica, histórica y lingüística gracias a las grandes corrientes literarias de América Latina. Los nacionalismos americanos no comprometen la unidad hispánica y ejemplos claros los advertimos en países como México, Colombia, Venezuela, Ecuador y Chile, que al lado de su independencia espiritual han mantenido el culto a las más hondas tradiciones lingüísticas y éticas de origen español.⁴

El ideal abstracto de una comunidad humana, poblada de héroes y antihéroes, presente paradigmáticamente en *Don Quijote*, contempla las exigencias del orden y las manifestaciones del desorden social y cósmico como dos componentes ineliminables de la condición humana. Este intenso vaticinio del Apocalipsis y del

⁴ *Ibid.*, p. 149.

Edén terrestre constituye el motivo conductor en gran parte de la literatura de lengua española y se enlaza con las expectativas de la humanidad contemporánea. La exigencia de considerar las peculiaridades individuales como un aspecto siempre inédito de la creación puede encontrar un antídoto en las formas totalizadoras de la comunidad. La enfatización de lo individual se convierte, en el mundo contemporáneo, en una concreción de las tendencias homologantes y homogeneizantes que, si se realizasen, llevarían a la humanidad a una dramática afasia.

La característica telúrica de novelas como *El Periquillo Sarniento* de Lizardi, *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos y *Leyendas de Guatemala* de Miguel Ángel Asturias reside en la incumbencia paralizante de una acción decisiva que se identifica con la renuncia. Los personajes, que pueblan la historia política y social de América Latina, se interrogan sobre el tema propuesto por Domingo Faustino Sarmiento: "civilización y barbarie". La epopeya moderna, descrita por la narrativa latinoamericana, mira a las trayectorias de la historia, a las insidias de la convivencia, a la frecuentación de lugares comunes y al desco de refutarlos por inadecuados en cuanto a respuestas a las expectativas del presente manifiesto. La crueldad se transforma progresivamente en una amonestación a cuantos se demoran en el Jardín de las Hespérides y renuncian a confrontarse con las turbaciones del espíritu emprendedor propio de la revolución industrial y tecnológica.

La constatación de José Arcadio Buendía, en *Cien años de soledad*, de la galera española en la vegetación tropical encuentra verificación en la dramaticidad del proceso de aprendizaje de las normas que regulan la existencia en las áreas denominadas avanzadas del planeta. Entre el rigor de la naturaleza y el rigor del artificio se instaura una relación provechosa para los ulteriores estudios de aquellos que manifiestan su espíritu crítico. La reconstrucción de la realidad es emprendida como una obra teatral, teniendo presente los decorados del escenario y la vacuidad del proscenio. El coro se presume que opera en la lejanía, entre el estrépito de las palabras incomprensibles, y que la estrategia interpretativa de los escritores tiende a traducirse en una sucesión de conceptos necesarios para conseguir aprovechar a nivel comunitario los aportes individuales.

Desde Juan de Valdés, autor del *Diálogo de la lengua*, publicado en la primera mitad del siglo XVI, hasta la época contemporánea, la lengua española converge con las diversas potencialidades expresivas de las áreas en las cuales se utiliza. El sentido común modifica

la lengua y le permite conjugarse con las diversas experiencias promovidas y realizadas a nivel nacional. Miguel de Unamuno afirma que la lengua española es tan "nativa" de Toledo, Ávila, Salamanca o Burgos como de Lima, Santiago de Chile, Córdoba, Tucumán o México. La patrimonialidad del instrumento lingüístico pertenece a quien lo emplea: el ejercicio de la palabra y de la escritura es congénito a la humanidad y es por tanto imputable a la misma según los efectos que es capaz de conferirle.

La realidad lingüística demuestra —escribe Francisco L. Gaona—, que no es uno, sino muchos y diferentes los elementos humanos que intervienen en la formación y evolución de la lengua. La observación directa de la experiencia lingüística normal de un individuo de la clase media y de mediana cultura en el curso de las diversas actividades de la vida diaria podría esclarecernos un problema que no sólo la lingüística sino también la antropología y la sociología hace tiempo han solucionado.⁵

El anacronismo lingüístico descende de una falsa concepción de cuantos contribuyen efectivamente a sentirse intérpretes de un proceso tan complejo. El hecho de que una comunidad lingüística se consolide no depende del purismo lingüístico sino de la intensidad de las aportaciones, incluso en el estado magmático, de cuantos en una lengua recuperan las prerrogativas de su identidad y el patrimonio de su tradición histórica. La lengua, de hecho, legaliza la sociedad independientemente del nivel de aprendizaje y de manifestación de las personas que se atribuyen la herencia. El hispanismo es una expresión de la herencia latina: "Pero de una latinidad" sostiene Jaime Torres Bodet "en que se fundieron como en un prodigioso crisol, las influencias visigóticas, árabes y judías, sobre el fondo celtíbero inquebrantable y a partir del siglo XVI, la acción de los indios del Nuevo Mundo".⁶

La lengua resiente las conexiones directas o indirectas, explícitas o implícitas, entre quien la utiliza y el *milieu* cultural en el cual se manifiesta. Las raíces escondidas de la lengua llegan probablemente hasta los comienzos de la especie humana; la parte árcica de la misma resiente las variaciones de frecuencia propias del uso y es

⁵ Francisco L. Gaona, "El concepto de clase culta y otras consideraciones de carácter lingüístico en la determinación de la norma del español estándar para los fines didácticos", en *Actas del Tercer Congreso Internacional de Hispanistas*, p. 385.

⁶ Jaime Torres Bodet, "Alocución", *Actas del Tercer Congreso Internacional de Hispanistas*, p. XXVII.

consecuentemente plausible que la experiencia contribuya a conferirles la energía necesaria para acreditarse en el concierto expresivo de la humanidad.

Por esta razón la lengua española se configura como un fortín, que sólo puede ser expugnado por la necesidad práctica. Lengua de antiguo linaje, permite ser progresivamente desfrondada de su glorioso foliame para responder a las solicitudes de la experiencia y de la contemporaneidad:

Idioma hermoso, pero rebelde a la síntesis que otras lenguas, de menos suntuoso alarde, permiten más claramente. Idioma en que los vocablos de extracción extranjera obtienen difícilmente esa carta de naturalización que otros les conceden con liberalidad que parece, en ocasiones, táctica de anexión. Idioma que ama la frase escultórica y armoniosa, pero en cuyos términos elocuentes todo lo que se dice despierta ecos de típica resonancia. Idioma que los artistas de nuestro tiempo, a partir de las experiencias del modernismo, en las que se escuchó de manera tan importante la voz de América, han vuelto cada vez más flexible, sin traicionarlo y sin alterar la nobleza mayor de sus tradiciones.⁷

La espontaneidad y la solemnidad concurren a conferir a la lengua española una fuerza de integración que se convierte en las varias modificaciones del uso de la misma. Ésta se identifica por tanto con un laboratorio abierto a las aportaciones de cuantos se consideran ilusoriamente desterrados, de los exiliados de Europa, que sin embargo reaccionan como nuevos astronautas dentro de un universo cognoscitivo que ni los conquistadores ni los cronistas alcanzan a comprimir en los esquemas procesuales y disquisitivos consolidados en la tradición española.

La expresión de la cortesía —escribe Albert Doppagne— que se traduce por la lengua, no puede ser considerada como un fenómeno exclusivamente lingüístico. En general, esta expresión tiende hacia la complicación y la inestabilidad, en lugar de tender hacia la simplicidad, condición de duración. Hay que considerar la expresión de la cortesía como un fenómeno híbrido: lingüístico por sus efectos sobre la lengua (conjugación y morfología) pero sobre todo social y bajo esa relación asimilable muy a menudo a la moda. . . Según el ritmo de sucesión de los sistemas lanzados por el centro cultural inicial, luego eventualmente por capitales de países llegados a la autonomía, observamos cada vez más superposiciones y mezclas. Las regiones más alejadas del centro son las más arcaizantes. La América de lengua española es un terreno de

⁷ *Ibid.*, pp. XXXI-XXXII.

elección para el estudio de este fenómeno, complicado a su voluntad por la competencia de tres sistemas: el tuteo, el voseo, el ustedes.⁸

La alternativa a una gradual preparación del diálogo entre usufructuarios de una misma lengua sería la aseveración totalizante. La cortesía constituye el prólogo, aun cuando sea largo y al fin inconcluyente, de una obra de amortización de las aportaciones metropolitanas en la época de la Colonia y contextualmente de un venturoso itinerario interpretativo de las variables americanas.

“Mayor trascendencia” afirma Ángel Rosenblat “tiene la organización distinta que cada región da a su fondo patrimonial, de acuerdo con sus preferencias mentales, con lo que Guillermo de Humboldt llamó la forma interior del lenguaje”.⁹

La contribución léxica, que cada región latinoamericana está en condiciones de aportar a la lengua española, constituye un impulso vital, destinado a hacer el patrimonio expresivo común más sensible a las influencias externas, especialmente si éstas son consideradas útiles para la comprensión de la dinámica cognoscitiva internacional. La diversidad regional corrobora por tanto la unidad lingüística y hace que esté cada vez más disponible para afrontar las problemáticas del presente: esta unidad se explica en el sistema fonemático, morfológico y sintáctico. La unidad lingüística tiene una duración mayor de aquella de sus mismos componentes: la *koiné* griega y la cultura latina son la demostración evidente de un proceso de *cohesión* que las instituciones políticas desprevénidamente pueden también contrariar. Pero es justamente la permanencia de un modo de pensar la que condiciona a largo plazo el modo de actuar con la perspectiva de la superación de las incomprendiones y de los conflictos. La empresa común de cuantos hablan la misma lengua se manifiesta más o menos explícitamente en el curso de acontecimientos en los cuales se vislumbra, a menudo con dificultad, la trama ideal o incluso su teología.

Pedro Henríquez Ureña, que dedica a la influencia de las lenguas americanas en la lengua española un atento reconocimiento de

⁸ Albert Doppagne, ‘La expresión de la cortesía’. en *Actas del Tercer Congreso Internacional de Hispanistas*, p. 291.

⁹ Ángel Rosenblat, *El castellano de España y el castellano de América*, Madrid, Taurus, 1970, p. 43. Véanse también: Ángel Rosenblat, ‘La hispanización de América. El castellano y las lenguas indígenas desde 1492’, en *Presente y futuro de la lengua española*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1964, tomo II; Manuel Alvar, *España y América cara a cara*, Valencia, Bello, 1975.

los factores que garantizan la utilidad en el plano práctico, reconoce al ambiente de las culturas locales una notable fuerza cohesiva, la cual es capaz de garantizar un sinergismo que va más allá del momento del descubrimiento y de los acontecimientos de la colonia y de la independencia nacional. Henríquez Ureña revela en una especie de necesidad histórica el impulso decisivo para que las incomprendiones y las diferencias recíprocas existentes durante siglos entre colonizadores y colonizados se superen precisamente en el ámbito de la lengua. La afirmación de los principios de la autonomía decisional y del derecho a disponer de los recursos existentes en las diversas regiones del área por parte de los respectivos habitantes es un efecto histórico del universo lingüístico, de un patrimonio común, que ya no está dividido entre metrópoli y periferia, sino globalmente determinado por los acontecimientos a los cuales ambas hacen frente: "La conquista española realizó una superposición cultural: mutiló, pero no suprimió las culturas indígenas. Eso, que se hace visible en la arquitectura, y en la cerámica, y en los tejidos populares, se refleja en el lenguaje".¹⁰

Y es el lenguaje quien se encarga de hacer comprensible el drama, históricamente relevante, de la inserción de las culturas precolombinas en el cauce de la cultura occidental. En este sentido, la definición dada por Hegel de América como continente sin historia, es errónea. Ésta no tiene en cuenta un proceso de interacción cultural, que se realiza, a despecho de los procedimientos y de las metodologías institucionales, en el ámbito de un acuerdo que prescinde de las diferencias y se propone llegar a generalidades de las cuales poder obtener el reconocimiento de las individualidades. Es justamente la experiencia hispano-latinoamericana la que da consistencia genética a la expresión lingüística entendida como instrumento de afirmación y de comparación de las comunidades sociales y culturales.

Las fases de interacción de las culturas precolombinas con la cultura española están condicionadas por los géneros literarios, y por tanto por las condiciones políticas, económicas e institucionales de los países del área europea y americana. Solamente el modernismo refleja un sentimiento difuso o una inquietud de particular intensidad en todas aquellas regiones del planeta en las cuales el advenimiento de la nueva revolución industrial agita desde

¹⁰ Pedro Henríquez Ureña, *Observaciones sobre el español en América y otros estudios filológicos*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1976, p. 255.

los cimientos las inveteradas concesiones referidas a las relaciones interindividuales y a aquellas entre los trabajadores y las grandes concentraciones industriales y financieras. La urbanización y el aumento demográfico inducen a los países del planeta a intervenir en el ámbito del proceso productivo con la misma responsabilidad, ya sea que favorezcan la ampliación del mercado o que disfruten a diversos niveles de la misma.

En la actualidad —escribe Guillermo L. Guitarte— se dan ampliamente fenómenos como la industrialización, las grandes concentraciones urbanas, la cultura de masas y la acción de los órganos de moldeado de la personalidad, como los centros de educación y los modernos medios de comunicación. Dado que la cultura moderna tiende a la uniformación, estos fenómenos en cierta medida representan un contrapeso a los desarrollos propios que podrían darse por separado en cada país; pero, por otra parte, no debe olvidarse que, por predominar en el mundo moderno los intereses materiales, se está dando un correlativo debilitamiento de las fuerzas espirituales que deja sobre bases muy precarias las semejanzas que se logran: más que a la unidad, hoy actúan tendencias a la uniformidad, que es algo muy distinto.¹¹

Pero a tales tendencias se oponen las contratendencias propias de las árcas lingüísticas que se empeñan en contribuir a las suertes de las comunidades sociales sobre las cuales se cierne como un veredicto irreversible que prelude su extinción.

En otras palabras, mientras en el pasado las lenguas nacionales desempeñan un papel aglutinante de las aportaciones diferenciadas de las respectivas comunidades sociales, en el sentido de que éstas engloban áreas más amplias que aquéllas de los mercados en los cuales están empeñadas, en el mundo contemporáneo sucede el fenómeno inverso, porque el mercado influencia áreas más amplias que aquéllas propias de las lenguas nacionales. Por esta razón la amplitud del radio de penetración de la lengua es directamente proporcional a la influencia del mercado que la emplea. Los productos (del intelecto o de la técnica), que vienen presentados o difundidos en el mercado se amoldan al instrumento lingüístico más idóneo para afirmarlos en el mercado. La inversión de tendencia, que se verifica en la praxis cotidiana, busca la preeminencia de los productos respecto a los términos que los distinguen, determina una

¹¹ Guillermo L. Guitarte, *Siete estudios sobre el español de América, México*, UNAM, 1983, pp. 181-182.

koiné lingüística como la resultante de las variables diferenciadas de una lengua vehicular.

En verdad —sostiene José Luis Rivarola—, cada acto de hablar es una ocurrencia concreta y particular ligada a su aquí y ahora y, como tal, irrepetible. La variación en el hablar está motivada tanto por factores intrínsecos como extrínsecos. Dentro de los primeros hay que contar, por ejemplo, en el nivel fonético, los condicionamientos fisiológicos que no permiten la identidad de dos emisiones, la diferente energía articuladora empleada, el ritmo del habla, etc., en el nivel semántico, las maneras en las que los hablantes han interiorizado su experiencia del mundo y lo han asociado a los signos de su lengua, a estímulos diferentes de la realidad material y espiritual, etc. Entre los factores extrínsecos se debe considerar principalmente el contacto con individuos de otras colectividades lingüísticas, el cual puede producir interferencias de distinta clase.¹²

La interferencia de la organización económica en el sistema lingüístico es por tanto inevitable y depende en mayor o menor medida de los condicionamientos del mercado, de la incidencia de los objetos que entran a formar parte de las necesidades comunes. El progresivo divorcio entre registro escrito y registro oral prelude la ulterior hegemonía de este último, entre otras cosas favorecido por la informática y por la telemática, tendentes a reducir los signos de lo esencial. Parece que la abreviabilidad de la escritura está atrasando las manecillas del reloj, o al menos que se están relatando de forma distónica pero representativa manifestaciones arcaicas y espectaculares con aprensiones paralizantes de un improbable futuro.

El propio concepto de nación está sujeto a una profunda revisión. Mientras el romanticismo postulaba una estrecha relación entre el *milieu* cultural y el ambiente natural, entre las expresiones y las manifestaciones del pensamiento, el posmodernismo tiende a la afasia, a la reducción del léxico en función de algunas formas de decir, con algunos códigos expresivos, sobre todo propios de grupos juveniles o de grupos alienados de la realidad circundante (religiosos, lúdicos, en rehabilitación). La lengua, que la nación considera el elemento fundamental de la identidad de cuantos están a favor de la individualidad, no representa ni la única ni la más significativa característica de comunidades sociales propensas a hallar en el pasado la experiencia destinada a mostrarles el recorrido histórico o directamente el destino.

¹² José Luis Rivarola, *La formación lingüística de Hispanoamérica*, Lima, Pontificia Universidad Católica de Perú, 1990, p. 14.

El nacionalismo contemporáneo es plurilingüístico y por tanto está privado de los antecedentes taumatúrgicos en los cuales el romanticismo encuentra una especie de ‘soplo natural’, evocado a los fines del reivindicacionismo independentista de finales del siglo pasado y de principios de éste. La convicción de que el nacionalismo puede apoyarse lábilmente sobre líneas de tendencia de los grupos, que se liberan de la sugestión del pasado para hacer el inventario de un ‘abierto presente’, obliga a expoliar la lengua de aquellas funciones prometeicas que caracterizan, desde los caldeos a los filólogos alemanes del siglo XIX, las disputas entre los sostenedores de las vueltas epocales, de las culturas en sus amplitudes temporales y en sus diversificaciones internas. Mientras el español de la época del descubrimiento del Nuevo Mundo y de la *Gramática castellana* de Nebrija somatiza las variantes de las lenguas españolas (leonés, aragonés, etc.) para hacerlas copartícipes de un acontecimiento histórico capaz de perpetuarlas, las lenguas neolatinas contemporáneas operan a favor de la *reductio ad unum* de las lenguas de una determinada área geográfica. Si tal *reductio ad unum* viene realizada, el efecto acumulado que se deriva de esto comporta la difusión de bienes y productos codivisibles con otras áreas geográficas. El emparentamiento de las lenguas habladas consecuente del uso de instrumentos o del empleo de artefactos, anuncia una nueva forma de nacionalismo, cuyo reclamo más fuerte es el de la prospectiva, de la supervivencia a los incidentes de recorrido considerados inevitables. La exaltación física y el protagonismo genético reemplazan al heroísmo tradicional, que al coraje primordial opone la astucia, la mesura y el sentido de la responsabilidad. El altruismo nacionalista tradicional, limitado a los ‘semejantes’ y negado a los ‘extraños’ se transforma en la indiferencia regulada por las desde siempre inadecuadas expresiones de solidaridad y de consuelo.

La codificación y normatividad de una lengua literaria, en general, y de la española en particular, no derivan de una sola instancia ni están contenidas sólo en las expresiones emanadas de ella, sino de un conjunto plural y diverso de obras descriptivas o propiamente normativas, cuyas fronteras son a veces muy fluidas. Por lo demás, hay que tener presente aquí, con respecto a la norma misma... que ésta tiene por naturaleza un carácter incompleto, es decir, que su esfera de referencia no coincide con la totalidad de la lengua sino que se ejerce sobre casos particulares, sancionándolos en un determinado sentido.¹³

¹³ *Ibid.*, p. 26.

Los espacios lingüísticos se identifican con los espacios nacionales, de hecho, si el proceso de sedimentación de los códigos expresivos subtiene el político: la codificación de la lengua está siempre sintonizada con la normativización institucional. La consolidación idiomática refleja la conciencia de la comunidad política que la afirma respecto al papel que desempeña en el escenario internacional.

Por lengua literaria hay que entender en este contexto no sólo variedad idiomática predominante en las manifestaciones de la literatura, *sensu stricto*, sino más bien variedad polifuncional, es decir, instrumento de expresión oral y escrita utilizado en los diversos ámbitos de la vida social y cultural, con un determinado grado de normalización asumida objetiva, consciente y obligatoriamente por algunos usuarios.¹⁴

Se perfila de esta forma una especie de *pax linguistica*, gracias a la convergencia que se verifica por parte de algunas regiones en un único baricentro expresivo, diputado a representar literariamente la polifonía de la cual es expresión.

La relación entre independencia política y autonomía lingüística, válida en el pasado, se debilita en el presente, porque es sustituida por la relación entre el espíritu emprendedor (a todos los niveles) e instrumentos de comunicación. La crisis del libro y de la literatura es en parte una consecuencia del modo inadecuado con el que el poder previsional inspira la expresión y dota al léxico de los recursos necesarios para corresponder a las eventualidades. La constitución de códigos de comunicación con fines prácticos prelude la inserción de los mismos en el sistema cognoscitivo. La precariedad de la una y del otro no impiden que dejen huellas, ya que el efecto de ambos viene dado por la situación de hecho, por la detestada inmediatez. La inmediatez contemporánea, en realidad compensa, al menos en parte, y a nivel lingüístico, la persistencia: la cual es de tal intensidad que ofusca al receptor y anula las coordenadas espaciales y temporales con las cuales se individúa el recorrido de la expresión. En efecto, en el mundo contemporáneo, todo lo que sucede, por el simple hecho de suceder, termina por ser percibido como esencial y unívoco: es cada vez menos evidente la ligazón entre el pasado y el futuro. Esta actitud lingüística, además de ser existencial, mina desde las bases el sentido de la responsabilidad. Las palabras pierden su significado temporal y se impregnan de un

¹⁴ *Ibid.*, p. 93.

estado de necesidad que perdura y se propaga más allá de los límites consentidos por la atención. La difundida irresponsabilidad se refleja sobre la debilidad de la estructura expresiva y participativa; y las palabras pierden progresivamente su carga connotativa para asumir una perentoriedad y una asercividad intrínsecamente vanificadas por una *vis destruens* que celebra las cumbres del incesante cambio, de la entropía social.

La actual situación de las lenguas no vehiculares refleja mejor que cualquier otro instrumento de registro la inconstancia e incluso el desinterés del locutor con relación al instrumental genético de la expresión y de la reflexión. Las lenguas vehiculares no diferencian entre expresión escrita y expresión hablada y dejan actuar su tendencia natural que resalta y salvaguarda la última. Muchos libros escritos en inglés moderno denuncian la rapsodicidad y la ocasionalidad del momento oral. Dejan prever una toma directa sobre el público de los lectores. En realidad, éstos se adecuan a transformar la dicción en representación, privilegiando más o menos conscientemente la gesticulación y la mitología del pasado. La combinación de lo arcaico y de lo futurible de la condición humana se configura en la lengua hablada, en el magmático flujo de sonidos que evocan los innumerables mundos de la música y de la fantasía primogénita. La fabulación contemporánea exonera a los exégetas del poder consolatorio y coral, propio del sonido y de la música, por constituirse en heresiarcas y en guardianes de un diseño institucional, así como sucede en la época del descubrimiento del Nuevo Mundo y sucesivamente en las grandes vueltas del pensamiento y de su actividad cognoscitiva. Las nuevas generaciones reclaman el conocimiento de los sonidos al igual que los mudos invocan un gesto clarificador que pueda exonerarlos del esfuerzo de hacerse comprender. La cultura oral tiene una larga y móvil tradición y desconcierta la mente de aquellos que no sustraen de la experiencia del pasado alguna señal consoladora.

Es un hecho que la ausencia de escritura en nuestras lenguas indígenas, que el Inca Garcilaso lamentó lúcida y resignadamente (*Comentarios*, libro v, cap. 8), ha gravitado de modo negativo en el proceso de nuestra nacionalidad porque impidió un cierto equilibrio en la relación intercultural y propicio, en cambio, el surgimiento y la consolidación de actitudes que han entorpecido, cuando no trabado, dicha relación. Aquí la pluma fue compañera de la espada y cortó junto con ella.¹⁵

¹⁵ *Ibid.*, p. 103.

Con la perplejidad y la indiferencia que suscita el lenguaje hablado contrasta el inmediato compromiso, la participación en el estado neurálgico y tentacular. Esto marca el inicio o el fin de la mediación, es decir, de la intervención de la razón que, mediante el recurso a la unidad de medida y al examen introspectivo de los significados de los sonidos y de los signos, establece un criterio de previsión, cual premisa de cada responsable y participación y decisión comunitarias. La escritura comporta la explicación y la justificación de las reservas mentales que su contenido puede suscitar, pero, una vez sujeto a la crítica comunitaria, ésta puede contribuir a acrecentar el valor cognitivo, el contenido en términos de patrimonio generalizado, de las proposiciones, del tejido conectivo del discurso articulado. La oralidad, sin embargo, se confía a la inmediata percepción de los significados de los sonidos y a su concreta determinación comunitaria. Todos los procesos totalizantes en época moderna —el totalitarismo en sus diversas articulaciones, sean europeas o americanas— se manifiestan, como afirma Aldous Huxley, con el auxilio de la voz y de sus amplificaciones (la radio y la televisión). La adhesión colectiva a las sugestiones momentáneas del sonido es inmediata y de breve duración: los tutores del orden, los estrategias del temor ancestral, se enfrentan a la escena justo cuando las defensas inmunitarias de los individuos disminuyen y el demonio del poder, del dominio, del atropello, parece cada vez más invasor e incestuoso. La palabra, amplificada por el sonido, tiene una fuerza movilizante difícilmente comparable con la escritura. Todos los cambios sociales repentinos se realizan sobre el arranque de la onda sonora (desde Moisés a los Gracos y a Hitler), que desresponsabiliza a los individuos, los cuales, al ser rechazados del sufrimiento colectivo, emigran al hemisferio de las masas, donde el desorden descompensa continuamente el consenso subjetivo y hace opinable la legitimación concedida a los diputados, a las organizaciones institucionales.

Tal proceso, históricamente recurrente, asume dimensiones dramáticas durante la Colonia, durante aquel largo periodo de reajuste institucional, en el cual la población indígena de América se prepara para aceptar la lengua española como el único conducto de expresión que introduce en el mundo moderno.

Bajo el signo de la incomunicación radical, primero, de la pseudocomunicación y de la comunicación precaria después, con la instauración de una lengua funcionalmente más desarrollada desde la que se ejerce el poder y se constituye el nuevo orden, se inicia el proceso de nuestra nacionalidad. En nuestro

origen, el castellano, la lengua cuantitativamente minoritaria, se convierte por obra de las nuevas estructuras coloniales en la lengua cualitativamente mayor hacia la que los hablantes de las lenguas indígenas numéricamente mayoritarios deben gravitar, rebajados sus idiomas a la minoridad cualitativa. La gravitación hacia el castellano —que los siglos convertirían también en la lengua compartida por el mayor número de hablantes— aflora ya en el primer bilingüismo.¹⁶

La primera relación entre vencedores y vencidos (desde César, el cual presenta en *De Bello Gallico* los pueblos de la Europa continental según sus lenguas, a Colón) se manifiesta, de hecho, en una atmósfera suspensiva, en la cual los gestos son más eficaces que las palabras y en la cual los silencios simulan actitudes que sólo en particulares circunstancias se hacen explícitas. En el caso de la colonización española en el Nuevo Mundo, la propia revelación de Dios y la evangelización se realizan gradualmente, por una aproximación lingüística.

El castellano, por su parte, anclado en su impronta genéricamente americana, venía desarrollando su perfil específico en la confrontación con los nuevos espacios y las nuevas formas de vida social, con las nuevas costumbres y necesidades que el medio imponía, con hablantes de lenguas distintas. No se trataría tampoco de un castellano homogéneo, pues estarían por lo menos delineándose las variedades sociales y regionales, activadas por la acción de adstratos y sustratos, de las peculiaridades de los medios locales, del mayor o menor aislamiento de los asentamientos humanos, de su carácter urbano o rural, de la presencia mayor o menor o incluso de la ausencia de normas prestigiosas. Este nuevo castellano materno de criollos y mestizos (muchos de los cuales eran bilingües coordinados) constituía el resultado de un tenso equilibrio entre la peculiaridad local y la norma metropolitana que los chapetones refrescaban y que frenaba un desviacionismo mayor.¹⁷

En el caso americano, la transformación del bilingüismo en monolingüismo esconde bajo el perfil de la funcionalidad una operación culturalmente desprevenida, porque reduce el potencial expresivo de una lengua en el código de otra, en la cual confluyen otras aportaciones diferenciadas y todas predisuestas —social y políticamente— a determinar una nueva *koiné*, una cosmovisión capaz de compendiar, aunque sin conciliar, las implícitas expectativas

¹⁶ *Ibid.*, p. 105.

¹⁷ *Ibid.*, p. 111

comunitarias. Es verdad que, en particulares circunstancias, el monolingüismo provoca profundas incomprensiones dentro de un mismo territorio institucional, donde una población india, desde mucho tiempo abandonada en su aislamiento, no consigue comprender y hacerse comprender fuera de su universo lingüístico. En estos casos, el aislamiento lingüístico es precursor de incomprensiones y de conflictos, que desembocan a su vez en la abierta hostilidad hacia todo lo que es 'diverso'. Se hace así evidente que la persecución racial es ante todo una incomprensión lingüística que la génesis de los conflictos humanos ha de buscar en la afasia o en la "Babel" de las lenguas.

Porque una nación plurilingüe y pluricultural sólo existe como realidad o es viable como proyecto sobre la base de un sentimiento de co-pertinencia que se genera en comunidades humanas diferenciadas total o parcialmente en su lengua y en su cultura a partir de presupuestos, tradiciones y perspectivas comunes, y que es incompatible con oprobiosos desniveles sociales y económicos, y con la falta de respeto por la idiosincrasia idiomática y cultural.¹⁸

La cosmovisión, de la cual la lengua es expresión, no se armoniza con las otras cosmovisiones, de las cuales las lenguas constituyen la representación orgánica, hecha evidente en el largo itinerario que las distingue. El nacimiento, el crecimiento, el declive y la desaparición de las lenguas son debidas al potencial genético de su construcción ideal, a su carga inventiva, que tiene entre otras características más exclusivas aquellas de hacer complementarias todas las innovaciones promovidas por sus afinidades y por sus diversidades, por correlación o por contraste. Las lenguas llevan a cabo el reconocimiento de las energías existentes en el mundo en el intento, no se sabe hasta qué punto consciente por parte de quien las habla y las escribe, de participar en la expresión de las ideas más o menos explícitas que se mueven en los varios contextos sociales en determinados periodos históricos. La tendencia a transformar en interagentes los significados de las construcciones conceptuales de las diversas lenguas es propia de las comunidades más interesadas en adquirir información sobre y de la realidad para utilizarla en una obra de intereses comunes, definida como patrimonio cultural. Tal tendencia, justamente considerada como salvífica para la convivencia civil de las naciones, es exaltada en la época romántica de Madame

¹⁸ *Ibid.*, p. 117.

de Stäel, que considera indispensable para la construcción del universo cognoscitivo la "especulariedad" sintáctica de las obras del intelecto humano. La traducción comporta no sólo el conocimiento de las técnicas expresivas, al menos de dos lenguas, sino también la adquisición preventiva (intuitivamente o pragmáticamente) de las líneas de tendencia de las respectivas comunidades lingüísticas. La traducción por tanto favorece un acuerdo, aun si los órdenes políticos y sociales, depositarios de las lenguas, tiendan a oponerse. El resurgimiento europeo, como efecto del romanticismo, se propone a la opinión pública como un movimiento distónico respecto a la razón de Estado, perseguida por las grandes potencias justamente porque reconoce a cada unidad nacional una función incliminable porque es complementaria respecto a las empresas colectivas, que, de hecho, desde la primera mitad del siglo pasado hasta principios de éste, consiguen asegurar en casi todos los sectores del saber, desde la filología (Von Humboldt), a la psicología (Freud), a la física (Einstein), a la biología (De Vries), a las artes plásticas y figurativas, a la música.

La traducción es una forma de mestizaje con alto grado de sofisticación, a un nivel de perturbabilidad lingüística capaz de condicionar, con la comprensión de la probable cosmovisión al menos de dos lenguas, el modo de pensar, y por tanto el modo de actuar de los poseedores de los respectivos patrimonios lingüísticos. La patrimonialidad de la lengua no puede ser más que escrita, no puede exceder el volumen sintáctico-gramatical en el cual gravita, pero no puede tampoco reducirse a atmósferas sonoras, a las impresiones y a las imágenes propias de la hegemonía, más o menos improvisada, del sonido. Si bien de hecho la sonoridad de una lengua suscita las sugerencias que George Steiner halla en el sonido de las sirenas, en su facultad de seducir y de inducir a sus interlocutores a reaccionar conforme a los dictámenes implícitos en la música, en realidad la traducción no se limita a transformar un timbre musical en otro. A veces, la traducción reduce la sonoridad de una lengua para transferir a otra la implícita conceptualidad. Los niveles de interacción, propios de la traductibilidad de una lengua en otra, condicionan al traductor sólo hasta ciertos límites y de cualquier modo, en sentido inversamente progresivo: la obra del traductor es una obra comunitaria, es el conjunto de relaciones que quienes dominan al menos dos lenguas tienen con las mismas en momentos y en ámbitos sociales a menudo diferenciados. La traducción de una obra de una lengua a otra es un trabajo que queda siempre incompleto: cada

generación está tentada a proponerse la presentación de un trabajo de la fantasía y del ingenio humano según las sagacidades y las metodologías revividas con el intento de hacerlas histórica y funcionalmente adecuadas.

Siglos de contacto entre el castellano y las lenguas indígenas produjeron cambios importantes tanto en el uno como en las otras. La primera y más evidente manifestación fueron los préstamos léxicos, que en el caso del castellano se pueden ir detectando a través de la abundante documentación historiográfica y literaria, desde los comienzos del contacto cultural. Y no sólo es pertinente trazar la diacronía de los préstamos sino también atestiguar la convivencia, competencia y eventual eliminación de sinónimos, dentro del contexto de la historia de cosas, instituciones y costumbres.¹⁹

La diacronía de los préstamos lexicales demuestra cuando menos que las trayectorias sociales de las lenguas, en contacto entre sí, son diversas y que, a pesar de tal diversidad, sobreentienden una común aspiración al conocimiento de la realidad que sobrepasa todas las incompreensiones contingentes (comúnmente atribuidas a un acto de imperialismo llevado a cabo por una de las dos partes).

La trayectoria de las lenguas confiere un ulterior grado de plausibilidad a la estructura democrática del consorcio social. El hecho de que la expresión pertenezca a todos, y que todos contribuyan a hacerla comprensible y fiable, constituye una prueba suficiente para acreditar la experiencia democrática como la más conforme a las exigencias de la lengua.

La démocratie —écrit Ivo Poletto— apparaît comme une oeuvre en construction, un idéal possible, une utopie réalisable, une forme de société au sein de laquelle tous les membres peuvent contribuer au bonheur commun, transformant, préservant et améliorant l'environnement qui leur a été transmis par les générations antérieures.²⁰

En la sociedad democrática, la confrontación y el debate de ideas pueden tener lugar si los diversos actores disponen de la facultad de intervenir libremente y de contribuir a hacer la interlocución comunitaria cada vez más accesible a todos los estratos de la población, independientemente de cuáles sean los intereses sectoriales que se manifiestan en su interior.

¹⁹ *Ibid.*, p. 145.

²⁰ Ivo Poletto, "Démocratie, une construction populaire", *Alternatives Sud* (Louvain La Neuve), 1, 4 (1994), pp. 57-58.

Dans le vocabulaire d'Alain Touraine, le souhaitable est le développement des mouvements sociaux d'importance centrale, capables d'orienter la société vers des transformations profondes et forçant l'état à adopter les politiques qu'ils proposent.²¹

El dinamismo interno de la lengua constituye una garantía para la persistencia de la misma y de su adaptabilidad a las exigencias propias de la experiencia. "Esencial —sostiene Rubén del Rosario— es al lenguaje para vivir el cambiar; es constitutivo de su funcionamiento, como instrumento que es a la vez de comunicación social y de expresión individual".²²

La lengua sufre las innovaciones que la comunidad que la habla y la escribe promueve en el campo económico y social: la lengua registra los altibajos de la historia civil y política incluso cuando permite a cada individuo el expresarse en sentido contrario a la generalidad de los actores sociales. Las interferencias que se pueden determinar entre diversas áreas lingüísticas son consideradas útiles si aumentan el potencial orgánico de cada una de ellas.

Bergson —afirma Amado Alonso— se quejaba, casi con rencor, de que el conocimiento de la realidad adquirido con el lenguaje era fraudulento. El lenguaje y el intelecto, o el lenguaje-intelecto, eran el doble blanco de sus quejas. La intuición, la visión directa de la realidad, es la única manera posible de conocer. El intelecto, y su gran herramienta, el lenguaje, sirven a la acción, su fin no es conocer, sino dominar, utilizar. Para ello el lenguaje-intelecto reduce nuestra visión del objeto a una corta combinación de rasgos, los buenos para fijar, recordar y comunicar el concepto; buenos para eso son los rasgos genéricos, los transportables de objeto en objeto. Géneros, clases, categorías. El lenguaje-intelecto interpone entre la realidad y nuestro conocimiento una red de categorías, una ortopedia conformadora que tapa, violenta y moldea la realidad reduciendo su individualidad de cada vez, su siempre virgen originalidad, a clases previamente establecidas.²³

Sin embargo, con esta acción, el lenguaje logra asegurar su continuidad en el proceso de aprendizaje, que difícilmente sería pronosticable. El lenguaje, de hecho, asegura la memoria de la experiencia, en cuanto la connota con las categorías propias del conocimiento: la realidad se refleja en las palabras y se revela en las

²¹ *Ibid.*, p. 72.

²² Rubén del Rosario, *El español de América*, Sharon, Conn., Troutman Press, 1970, p. 144.

²³ Amado Alonso, *Estudios lingüísticos*, Madrid, Gredos, 1967, p. 61.

frases, en los periodos, en las expresiones que condicionan el comportamiento.

En la masa continua y amorfa que ofrecen la realidad y la experiencia los hombres de cada idioma han ido rayando límites, destacando perfiles e imprimiendo formas, no según las cosas son (¿quién, Dios mío, sabe cómo es la realidad en sí misma?), sino procediendo con su interés vital, con las experiencias acumuladas generación tras generación y con las fantasías y apetitos que en esa organización interna del idioma hallan su expresión colectiva. Toda nominación es un conocimiento subjetivo. Las palabras no son sin más los nombres que proponemos a los objetos reales, ya de por sí y de antemano delimitados e individualizados; son un modo de dividir, objetivar, delimitar y coordinar la realidad.²⁴

La galaxia idiomática es un conjunto de palabras que la experiencia individual asegura a la memoria colectiva como patrimonio indispensable para su identificación y habilitación cognoscitiva. La historia social aspira a sostener la empresa individual y comunitaria en el ámbito cognoscitivo porque repropone constantemente los resultados concretamente obtenidos en el comportamiento y en la ética institucional. Como prueba, Max Leopold Wagner sostiene que la multiplicidad lexical y fraseológica de una lengua como el español de América no influye sustancialmente sobre la lengua escrita, que se mantiene anclada en su construcción conceptual.

Nell' America spagnola avvenne la frattura politica, non mai quella culturale. Il fondo della lingua è sempre lo spagnolo popolare e la lingua della cultura è lo spagnolo letterario; si produssero infiltrazioni di elementi linguistici indigeni, si dimenticarono molte parole della lingua antica e si crearono vocaboli e derivati nuovi, sulla struttura della lingua, cioè l'ossatura morfologica non è cambiata.²⁵

La unidad lingüística española está asegurada por la 'visión de conjunto' a la cual las diferenciaciones expresivas hacen (aunque polémicamente) referencia.

La contribución que aseguran las lenguas no vehiculares constituye por tanto un elemento de particular relevancia sobre el plano político y social, porque aseguran una mayor correspondencia

²⁴ *Ibid.*, p. 63.

²⁵ Max Leopold Wagner, *Lingua e dialetti dell' America spagnola*, Florencia, Edizioni "Le lingue estere", 1949, p. 147.

entre procesos expresivos y procesos decisionales. En concreto, sólo el pluralismo lingüístico logra representar proporcionalmente al número de hablantes, a las selecciones y a las propensiones institucionales adecuadas al metabolismo internacional. Un coordinado sistema de relaciones expresivas refleja con mayor eficacia las problemáticas conexas con las finalidades comunitarias. El escenario internacional, a pesar de su compuesta unidad, está destinado a modificarse en las partes que lo componen según un criterio de adecuación a los más altos niveles del progreso civil y económico. Aun cuando las modernas tecnologías tiendan a uniformar los códigos de comportamiento, las afinidades decisionales se realizan en el ámbito de aquellas sociedades intermedias que son depositarias de los recursos de la renovación también expresiva. La informatización del sistema de comunicación no puede prescindir de las peculiaridades propias de las comunidades sociales que lo adaptan, y por tanto no puede estar vinculado rígidamente a los códigos con los cuales se explica. Es de suponer que también las convenciones internacionales se modifiquen según los impulsos que provienen de sectores a menudo no relevantes del consorcio humano, pero que sean capaces de incidir sobre la eficacia del circuito cognoscitivo general. En el campo científico y tecnológico el éxito de las investigaciones o los resultados de las aplicaciones prácticas pueden ser conducidos por los códigos convencionales, pero la estructura cognoscitiva puede responder a las solicitudes de las diversas estructuras culturales.

Es una época caracterizada por la incidencia de los *mass-media*, el condicionamiento fónico de las palabras adquiere relieves tales que consigue modificar rapsódicamente el consenso de la opinión pública. El sondeo sustituye hasta cierto punto — y de cualquier forma siempre refutable— a la expresión explícita y consciente de las elecciones y de las decisiones individuales. La crisis de la escritura comporta la comprobación continua de las líneas de tendencia de la opinión pública, que se perfila cada vez más como un veredicto incompleto e imperfecto, como un responso en espera de ser modificado. La incesante influencia de la oracularidad deslegitima desde su nacimiento cada manifestación del pensamiento que no sea capaz de modificarse *in itinere*. La arbitrariedad del consenso es la única alternativa democrática al involuntario compromiso totalizador. En otros términos, la telefonía, la telecracia y todas aquellas formas de extrinsecación improvisada del pensamiento comprometen la aseveratividad de la palabra, pero contextualmente reducen el peligro de vincularla a un comportamiento que sea perjudicial de cada norma de civil convivencia.

El temor de que el exceso de fonesis respecto a la escritura facilite la adopción de palabras extranjeras cuyo significado escape a la mayor parte de las personas a las cuales se dirige está justificado por la inmediatez con la cual a menudo el público está dispuesto a aceptar o rechazar proposiciones de las cuales no comprende perfectamente el significado. Muchos neologismos, a menudo tomados en préstamo de lenguas extranjeras, aparecen en la lengua hablada de uso corriente con una rapidez tal que no permiten ni la asimilación ni el rechazo. El sondeo, que viene organizado en torno a las reacciones que la astuta o inconsiderada improvisación determina, induce a menudo a los actores políticos, económicos y sociales a llevar a cabo verdaderas revoluciones copernicanas, en hechos de coherencia, con el fin de conseguir los previstos resultados concretos. La concreción contemporánea es una categoría de la factibilidad que se armoniza con las disposiciones que la misma consigue generar preventivamente sugestionando al público al cual se dirige, como una solución a problemáticas sin alternativas. El sondeo reduce el cuadro explicativo a los elementos opositores, ultimativos de una elección, y las palabras utilizadas para representarlo pierden progresivamente su significado inicial para asumir otro indeterminado, polisémico. Cada persona interrogada termina por responder a las preguntas de un sondeo con las pretensiones propias de la precariedad. Por esta razón, la coherencia lingüística respecto del patrimonio cultural que la expresa es la única salvaguardia del pluralismo de las ideas fundado sobre responsabilidad expresiva. Cuanto más sea capaz una persona de expresarse en su lengua sobre problemáticas del mundo contemporáneo tanto más es responsable. La responsabilidad, de hecho, se identifica con la conciencia de decir las propias convicciones sin las falsedades de las palabras o de los eslóganes de los cuales no llega a comprender el alcance, sea bajo el perfil conceptual, sea bajo el perfil práctico.

La fragilidad de la expresión en el mundo contemporáneo está sintonizada con la incertidumbre que mina desde los fundamentos cada criterio de juicio y que compromete cualquier tentativa de legalizar en el tiempo real las convicciones que anteceden a las normas. El principio de legalidad se apropia al principio de la incertidumbre según una correlación que es propia de las convulsiones históricas, de los periodos en los cuales, como dice Eugenio Montale, el mundo parece cambiar de piel.

Octavio Paz, poeta y teórico moderno por excelencia —afirma Graciela Palau de Nemes— que ya ha transferido al espacio sus preocupaciones artísticas y

metafísicas, ha bautizado la poesía contemporánea con el título de ‘poesía en movimiento’. Apoyándonos en sus ideas, entendemos esta poesía como una expresión de la modernidad en marcha interrogativa hacia el futuro ignoto, pero infinito, hecho de tiempo muerto en el espacio vivo. En esta ‘muerte sin fin’ que es la vida, la poesía, al cerrar un ciclo y con él una búsqueda de permanencia en el tiempo, ha abierto otro ciclo y, con él, una esperanza de permanencia en el espacio. Como dijera Juan Ramón en un poema revivido de ‘muerte y resurrección’: ‘engendrar más iguales no nos sigue, / nos sigue una inesperada lengua. / Lengua de nuestro mítico mudarnos / en primavera, lengua / de nuestro milagroso cumplimento. / ¿Una lengua de fuego, al fin de poetas?’²⁶

La metamorfosis de la realidad comporta la aceptación de dos acontecimientos consustanciales: la persistencia del escenario natural, que el ingenio y el fervor humanos transforman en artificial, y la mutabilidad del criterio con el cual el individuo indaga sobre los confines temporales del mismo. El desconcierto —o el dolor manifestado por César Vallejo— generado de tal consideración promueve un nuevo tipo de solidaridad. El consorcio humano se interroga sobre sus recursos y se predispone a poner en práctica los acuerdos que, primero alusivamente y después explícitamente, se propone consolidar. La espectacularidad, a la cual cada manifestación del pensamiento parece estar subyugada, probablemente constituye el peristilo o el antecedente de una ‘nueva alianza’ a la cual ofrecen su adhesión, cada uno con su lengua, los grupos sociales que afloran a la experiencia decisional después de haber superado todos los condicionamientos de la sociedad de consumo, de las desigualdades y de las incomprendiones ecuménicas. La terrorífica situación de la Babel de las lenguas, homologándose en una o más lenguas hegemónicas, es ausplicable que se concluya con un fracaso, que permita a cada observador de la realidad confiar su criterio de juicio a una inteligente estrategia de la interacción.

La tentación débilmente anarquizante y destructiva se emancipa de los lugares comunes, impuestos por la publicidad y la propaganda, para permitir a las palabras el volver a tener un peso específico, e infligir a la espectacularidad polifónica la adopción de normas correctivas de las expresiones perifrásticas privadas casi de sentido. La tendencia a conferir al contenido de la comunicación una forma que tenga la dignidad exegética de una empresa colectiva que

²⁶ Graciela Palau de Nemes, ‘‘Dos singulares expresiones poéticas modernas de muerte y resurrección: *Muerte sin fin* de José Gorostiza y *Espacio* de Juan Ramón Jiménez’’, en *Actas del Tercer Congreso Internacional de Hispanistas*, pp. 663-664.

remonta, en el caso del hemisferio de la lengua española, a la generación del 98, que se preocupa de superar el divorcio entre el mundo intelectual y el mundo obrero y de integrar el regionalismo con el desarrollo económico. Tal iniciativa precede a las corrientes de pensamiento que en la época contemporánea tienen fe en la gestualidad y en la comunicación paralingüística interpersonal.

El ideal —escribe Fernando Payatos— consiste en encontrar el mayor número posible de combinaciones repetitivas de lenguaje, paralenguaje y kinésica y llegar a formular una estilística de nuestra expresividad, tanto a escala individual, como nacional, a base de lo que llamaremos estructura kinemorfémica kinesiántica, solas cada una de ellas o combinadas con los otros elementos del sistema comunicativo. No se trate de hacer un diccionario de gestos —término bastante vago, a no ser que lo adoptemos como válido para todo movimiento corporal expresivo— como no se trate de hacer uno de palabras, sino de estudiar este material en un contexto, no sólo lingüístico, sino social.²⁷

La espectacularidad de la expresión comporta la revisión genética del pensamiento; y el convencimiento se explica en los gestos que se configuran como los instrumentos superativos de un común entendimiento intercurrente entre personas que no hablan la misma lengua o que, hablándola, procuran no emplearla. La alegoría de los gestos encierra el estadio inicial de la palabra, pero compendia también toda una serie de fases intermedias entre las sensaciones y el pensamiento expresado con palabras.

Por ello es difícil hablar de hablante, ya que se trata de hablante-actor, pues considerado el sistema comunicativo interpersonal en su totalidad, se actúa, no sólo se habla, y decir que para adaptarse a una cultura hay que hablar "perfectamente" el idioma, es falso. En nuestra propia cultura nos importa cómo se expresa una persona oralmente y por ello la diferenciamos socialmente, pero no damos menos importancia a su conducta kinésica, y sabemos que sin un vocabulario rico puede hacer buen papel como conversadora, gracias a la expresividad de sus movimientos, lo que también nos revela su posición social, entre otros aspectos. Y esto, espero, justifica el que lo consideren tan importante para nosotros los hispanistas, pues nuestro hablante-actor extranjero habrá de conocer el alcance semántico de palabras, gestos, posturas y actitudes como signos culturales de valor simbólico.²⁸

²⁷ Fernando Payatos, "Paralingüística y Kinésica: para una teoría del sistema comunicativo en el hablante español", en *Actas del Tercer Congreso Internacional de Hispanistas*, pp. 733-734.

²⁸ *Ibid.*, p. 734.

El gesto introduce a la expresión verbal, pero puede no coincidir con ella. Los factores —de orden antropológico, psicológico, sociológico— que concurren a dar relevancia a tal dualismo se considera que puedan ser regulados de modo que se vuelvan complementarios entre ellos. Las idiosincrasias, propias de la manifestación gestual, pueden estar contenidas en ámbitos paralingüísticos, susceptibles de modificación o de sublimación en términos paradigmáticamente representativos de las tendencias comunitarias.

No deja de tener su ironía que mientras el antropólogo sigue estudiando minuciosamente las costumbres sociales de tribus primitivas, muy pocos se ocupan, con fines didácticos, de lo que hacemos los afortunados habitantes del mundo más civilizado. Si se hiciera, como quisiera yo hacer entre la cultura de España y la angloamericana, se evitarían muchos malentendidos y... se llegaría a una interpretación intercultural correcta, tanto a través del contacto personal como de su literatura.²⁹

El así llamado nuevo tribalismo es una forma pretextuosa de conmensurar la portada de la cultura occidental frente a los desafíos de las otras culturas del planeta. Del resto, en el campo de las artes figurativas, ya Braque y Picasso, en las primeras décadas de este siglo, reproponen los *totem* de las llamadas sociedades arcaicas para la elaboración estructural de la Europa de entreguerras. La narrativa latinoamericana refleja con gran intensidad esta conflagración del tiempo que de rítmico se vuelve arrítmico. El tiempo se convierte así en una fase del ser que se acomoda a las contradicciones humanas.

El tiempo es, en realidad —escribe Waldo Ross— el gran protagonista de las novelas de Carpentier. El tiempo avanza o retrocede y va sufriendo diversas transformaciones. Y en esos movimientos, los personajes van, ellos mismos, sufriendo la metamorfosis del tiempo, como si una gran ola de la creación disolviera sus almas y las arrastrara hacia playas lejanas e ignotas. El tiempo incluso crea símbolos, dibujos, formas diversas en el ciclo de esa ola gigantesca. Mackandal, el héroe de *El reino de este mundo* (1949), sufre sucesivas metamorfosis hasta que la ola del tiempo lo hace perderse en el océano infinito de la vida, allá, en un lugar remoto donde no llega la vista pero alcanza la esperanza.³⁰

²⁹ *Ibid.*, p. 738.

³⁰ *Ibid.*, pp. 755-756.

La ampliación del presente niega toda confianza a la palabra, que es testimonio de acontecimientos que pueden escapar al olvido fijándose en el pasado o en el futuro. La imponderabilidad de la existencia individual en el anonimato colectivo hace inescrutable la individualización de las etimologías de las palabras que se desmiembran en la cada vez menos eficaz reiteración. El "realismo mágico" de Carpentier convierte los símbolos de la experiencia milenaria a la cotidianidad. "En la *guerra del tiempo*, en la lucha entre extensión e intensidad, se van despertando las energías del inconsciente y así el dinamismo del tiempo lo va llenando todo".³¹

La única cosa que se presume que pueda sobrevivir es la palabra, a pesar de su congénita vulnerabilidad. El arcaísmo y las innovaciones quizás puedan conferirle aquel dinamismo que la literatura contemporánea preconiza como indispensable. La inevitabilidad y la conjetura hacen parte integrante de la palabra, continuamente en vilo entre el primigenio afásico de la especie y su redención dialógica, discursiva.

³¹ *Ibid.*, p. 764.